

El mundo propio es el espacio donde se paralizan las viejas sensaciones en una argamasa sentimental que nos transporta al recuerdo, el sabor agrio disfrazado de paz familiar, de reposo; la cita de los viejos horrores paralizados entre el cariño, un tanto el apego a los objetos que constituyeron los barrotes de nuestra protegida prisión. Tras de la vida, el arte, que no se explica sino como movimiento de matices profundos de nuestra personalidad. Un solo movimiento, la fluidez a través de su conciencia de permanencia.

La pintura limita con el mundo real aún a través de la pared, encuentra la ventana, ubica un sueño relacionado con el metal, la madera o los vegetales. La contemplación vicia de densidad los lugares desocupados.

CRISTINA NAVARRO, desdobra a esferas el contraste del sol en la calle, la casa y el cielo, el gato y el pájaro, la flexibilidad de los cojines y el acento arrullador del aire. Lo cercano y el aire por aspiración, los tejados como últimos puertos. Su lucha por salvar el día del aburrimiento,

reconstruir sobre cenizas la rabia, derrota, fases sin meta.

Por el camino de la lírica, su obra se abre a relatos calmos, lugares comunes, la ficción de nuestra propiedad de cuarto de aseo; la atmósfera, los

Por el camino de la lírica, su obra se abre a relatos calmos, lugares comunes, la ficción de nuestra propiedad de cuarto de aseo; la atmósfera, los rasgos que creemos monopolizar y son fruto del entorno, nos producen y a los que aislamos como formas perenes u horizontales originales.

Ha viajado por las salinas y la cal, el son trezando olas en el estrecho azoteas desplegadas como gaviotas, los delfines, las sirenas, el sol y el agobio de sentirse desposeída, anclada. Son tantas visiones cerradas en los ojos y no es fácil despejar su señal de anécdotas nacidas por un solo pulso.

Teme la sombra rara de la luna, al murmullo; esconde la sensibilidad entre formas antropomórficas como si robara una rebelación, le duele algo tan sin sentido, le duele la especie; canaliza su acento de mujer, lo evoca: ¿es esto, han hecho esto, es así, y yo debo de sentirlo?, entonces ríe y rehuye sopesar el conjunto apagado de un niño o el acta desdoblada de un flor.

Configurar una razón sobre el mundo, una teoría que aglutine la experiencia individual es un arco generalizado de experiencias extrañas (ajenas a nosotros); se resume como triunfo de un idea descarnada. El mundo, construido a dudas, se materializa en la duración. Sopesando nuestro espacio y el espacio aducido al otro, a la gente, llenamos infinitas reproducciones personales tal como un juego de cajas, unas en otras.

Los márgenes del arte a la vida diaria, vendrían a representar la proporción geométrica en que un cuerpo versa en el otro, reflejándose sin mediación lógica, reconvirtiendo elementos básicos de su afectividad en tablas de color o imágenes antropomórficas.

La ternura arrastra un gesto calmo, basta sentir un paraíso para deslizar la mano acolchada sobre la realidad, la más simple e indispueta, por que la realidad se asienta entre cuadros de familia o en zoológicos donde la quimera sonríe.

Uno va por la calle y recoge en sus bolsillos ciudadanos parte del crucigrama de los adoquines. Piensa en sus lugares y en el sol tamizando sombras en su aspillera de arena; alguien que decide seguir el camino de las estaciones y mirar al hombre en el reposo de su misterio.

Cuando las manos se abren como ventanas, ofrecen el sentido tenso del arte, el principio de asociaciones cruzadas por una anécdota peculiar o el intento conciliador de asumir lo irracional como propio.

El creador se siente artífice del engaño de su posible interpretación. Donde fué sedimentando sus pruebas, aparece el origen de una contradicción expresiva; el punto de inflexión unifica su deseo y su práctica reafirma el hilo móvil de un mundo propio alrededor de la homogeneidad del mundo experiencia.

Rasgos originales establecen el calor de la correspondencia mimética del individuo con la naturaleza (jardines, almendros, etc.) temas, serenidad diaria, pequeños conciertos: encontrar una estructura de equilibrio compensatoria de la desorganización afectiva de nuestro entorno.

Jesús Crescas.